

El estoico negligente

I - Frontón el rétor busca con serenidad, en medio de la noche, una palabra (*quaerere uerba*). Una sola de entre las posibles. Adecuada e insustituible. Las horas transcurren, la noche transcurre, la palabra no aparece cuando aparece el canto de las aves. La serenidad no se rompe. Lo vence el sueño. Lo último que se percibe antes de entregarse a él es una ligera mueca de satisfacción en su boca.

Frontón el maestro recuerda a su antiguo discípulo Marco Aurelio, ahora ya emperador, ahora ya el hombre más poderoso del orbe, ahora ya envuelto plenamente en el rigor moral de los estoicos. El emperador se encuentra de vacaciones en la Costa Tirrena. El maestro sospecha que, fiel a su temperamento, el emperador no descansa ni duerme sino que reserva todo el tiempo al trabajo. Aún lo ama. Le escribe: “Dime, te ruego, Marco, ¿has ido a Alsio para sufrir el hambre frente al mar? ¿No podías infligirte el hambre, la sed y el trabajo permaneciendo en Lorio? El mismo mar, dicen, se toma vacaciones cuando llegan los alciones. ¿Quizás los alciones con sus pequeños merecen más reposo que tú con tus hijos? Pero sin duda la cosa ahora lo requiere -¿quizás el estudio? ¿tal vez el trabajo? ¿quizás un sudor perpetuo? ¿incesante? ¿cotidiano? ¿eterno? ¿qué arco está siempre tenso? ¿qué cuerdas están siempre tirantes? Los ojos, cerrándose, duran, mientras que si fuesen forzados a ver continuamente no habrían resistido. El huerto sembrado con frecuencia no requiere de la ayuda del fertilizante, produce hierbas y verduras de la nada; pero para el trigo y los meses sustanciosos se elige un terreno descansado; la fertilidad de la tierra es procurada por el ocio”.¹ En la misma carta le recomienda un programa entero

¹ Además del texto latino, me apoyo en la cuidadosísima traducción que realizara Alberto Freixas en 1928, editado por la Imprenta de la Universidad de Buenos Aires, y llevado a cabo como parte de un seminario del gabinete de historia. Freixas lo presentó además como su tesis

de *otium litteratum*, consagrado a Plauto, Accio, Lucrecio, Ennio. Pero también obedecer al sueño. Aun si se busca la palabra adecuada.

Cuando fue designado procónsul en Asia, la seguía persiguiendo. Renunció al cargo. Su frágil salud lo acuciaba. No dejó jamás de buscar esa palabra. Se alimentaba día tras días sin enemistades ni odios. Gozaba de la amistad de los hombres más ilustres de su tiempo. Escribía. Nunca dejó de escribir en latín y en griego, como era usual en la época, incluso dentro de la casa imperial.

La muerte le iba quitando regiones del amor. Cada hija que nacía, moría. Cinco veces murió Gracia. Sólo sobrevivió Gracia, la sexta, que se llamaba igual que su madre. Alojado en el corazón de la muerte, continuaba buscando.

Buscaba la palabra inesperada. ¿Cómo encontrar lo que no se sabe qué es?, pregunta Menón a Sócrates. Platón responde: se sabe cuál es la palabra porque se la recuerda. Frontón también buceaba en el pasado. En las voces de los poetas arcaicos dormidas en las oscuridades cavernosas de su memoria: "Llamo palabra inesperada a aquella que dice más que lo que el oyente o lector espera o cree, de tal modo que si se la suprime y a quien lee se le ordena buscarla por sí mismo, o no la encontrará o hallará otra que no exprese tan justamente el sentido. Por esta razón grandemente te alabo [Marco] para que pongas todo cuidado y esfuerzo en sacar las expresiones del fondo de las cosas (*rei curam industriam que adhibes tu verbum ex alto eruas et sinificandum adcomodes*). Curiosamente, como al comienzo dije, en ello hay gran peligro: que el semidocto se equivoque en la elección de la palabra en lo que a exactitud, claridad o elegancia toca, pues es mejor emplear palabras vulgares o usadas que raras y rebuscadas si poco significan".²

doctoral. Asimismo, para el "Elogio de la negligencia", he recurrido a la muy prolija edición italiana, a cargo de María Clelia Cardona, publicado por Medusa Edizioni bajo el título de "Elogio della negligenza e altri scritti morali" (2006).

2 Carta III, Libro IV.

II- En octubre de 451 d.C. tuvo lugar el Concilio de Calcedonia. Allí, los monjes tomaron los manuscritos de Frontón y les sobrescribieron las actas conciliares. El palimpsesto guardó la escritura inferior catorce siglos. En 1815, Ángel Mai³ halló su verdad mientras vagaba por la biblioteca Ambrosiana de Milán. Luego descubrió un códice más en el Vaticano⁴, plagado de letras unciales, continuas, con puntuación. En cada página había dos columnas de 24 líneas cada una, iniciadas por una letra capital. Mai lo descifró y terminó por conformar la edición definitiva en 1823.

Un enigmático personaje llamado Minucius Felix, en su breve "Octavius", refiere a los ataques que Frontón dirigía a la cristiandad.⁵ En la colección recobrada encontramos: *-Cinco libros de correspondencia con un joven Marco Aurelio; Cinco libros en estado fragmentario de correspondencia con un Marco Aurelio ya emperador; Dos libros de correspondencia, conservados parcialmente, con el emperador Lucio Vero; Un libro de cartas a Antonino Pío; Dos libros de cartas a los amigos; Algunos escritos marcados con título pero que preservan la forma epistolar.*

Frontón busca su palabra perdida como Ángel Mai buscaba el sentido en sus letras borrosas. Marco Cornelio Fronto es un antifilósofo: reniega de toda sistematicidad, dota de brillo estético a elementos fútiles y objetos cotidianos, antepone el lenguaje al concepto, pero sobretodo desprecia el oficio del filósofo. Una vida despreocupada desde el comienzo se opone a toda filosofía, incluso aquellas con centro en una ética hedonista. Es cierto que la alta estima que le tiene a la amistad, así como el uso de los placeres, lo acerca a cierto

3 Se trata de un sacerdote dedicado a la recuperación de documentos de la antigüedad, la mayoría cifrados en palimpsestos, que revelaba y transcribía con muchísima paciencia. Cuando estuvo a cargo de la Biblioteca Ambrosiana editó un primer volumen con las cartas de Frontón (1815); volumen que amplió (1823) luego de tomar contacto con el códice vaticano, una vez a cargo de la biblioteca homónima.

4 Hablamos del célebre Códice Vaticano 5750. En él, de 286 páginas de pergamino, sólo 106 son ocupadas por la correspondencia de Frontón. El resto, constituye una de las colecciones más densas de altos exponentes de la latinidad clásica.

5 Aldama Roy, Ana María, "El Octavius de Minucius Felix. Puntos discutidos" en *Estudios Clásicos*, ISSN 0014-1453, Tomo 29, N° 91, 1987, p. 55-64

epicureísmo⁶. Pero no tanto como lo aleja de las doctrinas estoica y platónica, tan dominantes, tan rígidas además, en aquel entonces. Su único precepto es discurrir de manera sensata y calma. Y si se quiere comparar esta recomendación con aquella, típica de la filosofía clásica, del ocio especulativo, habrá que decir también que para Frontón el tiempo dedicado a la propia satisfacción, al descuido, o incluso al estudio y ejercicio de la gramática, no tienden a ningún fin superior y suceden como sucede el calor en el verano.

Aborrecía el estilo artificioso de Séneca. Quería restaurar un latín despojado y preciso, lacónico en su capacidad de albergar imágenes cuya fricción diera lugar a un pensamiento hábil para advertir que la materia de la que está hecho es el lenguaje. La obsesión frontoniana por el lenguaje es esto: el reconocimiento de un límite. El filósofo ha olvidado este hecho al lanzarse sobre los entes. La intención de Frontón, entonces, es aquella -tan repetida posteriormente- de mostrar el verdadero rostro del filósofo engañador, que eleva a concepto su palabra singular. “La filosofía, escribe, no es más que un herrumbre (*robignoso*) en la espada (*gladio*)”.

La labor infatigable sobre la gramática no prescinde de un pensamiento. Sencillamente lo antecede en términos formales y lo sucede en valor estético y en potencia de propagación. En la carta segunda del libro I, dice a Antonino el Emperador: “Porque cuanto más grandes se crean los pensamientos, más difícil es vestirlos de palabras; y hay que trabajar mucho para que los elevados pensamientos no se muestren mal vestidos, indecorosamente adornados o medio desnudos”. De entre sus cartas y pequeños tratados, destaca el muy peculiar “Elogio de la negligencia”. Provocador, brevísimo y certeramente dirigido contra el corazón de la actitud filosófica.

III-Glosa del elogio (En **negrita** el texto frontoniano)

⁶ Recordemos que en el “De feriis Alsensibus”, como en la carta III del libro IV, recomienda vigorosamente la lectura de Lucrecio.

Estructura: Introducción/Oposición/Imagen I/Imagen II/Imagen III/Imagen IV.

EL TEXTO ES LAGUNOSO. He pensado escribir el elogio de la negligencia; por qué no lo había escrito hasta entonces, como en efecto ahora lo está, de manera negligente es que no me preocupa saberlo.

(1) Hay un diferimiento entre pensar y escribir. ¿Qué hay en el medio? Negligencia (Nec-legens: no lee, no elige, no actúa; privación de legere -actuar o elegir-). ¿Interesa saber lo que hay en el intervalo entre pensar y escribir? Negligentemente no. Esto denota una forma de vida. Una actitud. Doble: en el hacer práctico y en el hacer especulativo. Tan fuerte, que aquí incluso el tiempo de la escritura, el bien supremo para nuestro rétor, es limitado por la negligencia, que será además lo deseable. (2) De todos modos, hay un acento puesto en este diferimiento que va más allá de la necesidad de precisar esta actitud negligente. ¿Qué indica Frontón con este acento puesto en la distancia? Que para escribir un pensamiento hay que moldearlo. La escritura es el pensamiento elaborado. (3) La salida de la negligencia depende de un deseo inmediato e intempestivo. En caso de ser un negligente habría una fidelidad al propio deseo, identificable en algunos casos con alguna acción. Eso hace que la tarea de escritura sea, en cierto sentido, un comienzo siempre nuevo; axiomático, ciego, que aun respondiendo más o menos opacamente al pensamiento que lo generó, no se debe enteramente a él, es libre, y se preocupa más de sí mismo que de cualquier otro proceso.

Hasta la indulgencia, alabada por todos, concede fácilmente el perdón a los pecados de los hombres: pero si las culpas no se olvidan fácilmente, no se es completamente indulgente.

(1) Presenta al antagonista: la indulgencia (benevolencia, bondad, benignidad o exención de algo). Estrategia: poner en el mismo plano ambos conceptos para mostrar las ventajas de la negligencia por sobre la indulgencia y así quitarle la mala fama que posee, traspasándole las ventajas que poseería esta última. (2) Un verdadero indulgente tiene que poseer una dosis de negligencia para poder perdonar oportunamente. Esto da cuenta de la superioridad de la segunda por sobre la primera.

Respecto del hecho de que hay quien considera la negligencia poco segura y expuesta a los peligros, a mí me parece todo lo contrario: está mucho, pero mucho, más expuesta a los peligros la diligencia.

Nueva oposición: ahora con la diligencia (La cualidad (-ia) del que (-nt) sabe elegir (-legere) y separar (-di). Diligentia significaba en el siglo XVII "cuidado", "puntual". Neutraliza los efectos del pecado capital de la pereza).

En efecto, nadie se esforzará por tenderle trampas a la negligencia, considerando que incluso sin trampas será fácil, siempre, en todas partes y cuando se guste, engañar a un hombre negligente; mientras que contra las personas diligentes, circunspectas y demasiado seguras de sus propios recursos, se urden fraudes, estafas y trampas. Así como, por lo general, la negligencia está protegida del desprecio, la diligencia es atacada por la astucia.

El negligente no es relevante desde el punto de vista del conflicto social: es susceptible de ser engañado y, por ser considerado inofensivo, está protegido del desprecio y del maltrato. La diligencia nace de una seguridad individual que es, en el fondo, frágil, porque expone a quien la porta y exhibe, a riesgos sociales.

Frente a los errores producidos por la negligencia se está más dispuesto al perdón, mientras que para lo que ella ofrece desinteresadamente de bueno, se muestra gratitud. De hecho, es grato que de manera imprevista una persona no diligente en todas las otras cosas no haya mostrado negligencia para el bien hacer en el momento oportuno.

Sin embargo, la negligencia produce errores. Esto es un hecho constatable.

Además, el negligente se sirve del mismo prejuicio que Frontón criticaba al comienzo del párrafo -el que señala que la negligencia es poco segura- para garantizar su bienestar. Digámoslo así: "porque la negligencia se considera insegura, es segura para quien la detenta". La clave de sus ventajas está entonces en la comprensión del vínculo social del negligente: (1)Nadie espera nada de él, excepto errores; (2)Cuando produce algo bueno en el momento oportuno, resulta agradable para los demás.(3)Sus errores, esperables, son fácilmente perdonados.

Además, aquella famosa edad de oro recordada por los poetas, si se piensa bien, se entenderá que fue la edad de la negligencia, porque la tierra descuidada producía frutos abundantes y proporcionaba a los hombres negligentes todo lo que les era necesario para la vida, sin esfuerzo alguno de su parte.

Primera imagen. Utiliza a los poetas como autoridad. El descuido y el abandono permiten el

desenvolvimiento natural de los seres.

De lo que se ha dicho resulta claro que la negligencia posee un origen noble, es aceptada por los dioses, aprobada por los sabios, partícipe de la virtud, maestra de la indulgencia, está a salvo de las trampas, es agradable por sus méritos, excusada por sus errores, es, finalmente, áurea. [...] LAGUNA.

Enumeración de las virtudes. Recupera la idea de que es superior a la indulgencia, de la seguridad que garantiza y de la benevolencia con que es tratada. El resto es novedoso.

Cuanta más confianza tiene una mujer en su propia belleza, tanto más fácilmente es negligente en el cuidado de la piel y los cabellos; en cambio, para la mayor parte de las mujeres, la tentación inducida por la diligencia de adornarse con el máximo cuidado nace de la desconfianza en su aspecto.

Segunda imagen, humana y cotidiana. El negligente es estructuralmente confiado en sí mismo y el inseguro adquiere diligencia en adornarse. Esto quiere decir que el negligente -para una especie de "sentido común"- es inseguro para sí mismo y para la comunidad, y que el diligente se aparecería como alguien seguro de sí. Sin embargo, se trata de exactamente lo contrario. El físico descuidado es síntoma de tranquilidad en el alma. Y el máximo cuidado de la apariencia denota desconfianza en su aspecto y por lo tanto debilidad anímica. En esto habría un férreo enfrentamiento con el platonismo o algunas otras escuelas helenísticas, incluidas aquellas que no confrontan con las reglas tácitas de civilidad y que, por ello, las siguen, como el escepticismo o el epicureísmo.

El mirto, el boj y los otros arbustos y brotes que son podados y que es usual cortar, regar y disponer con gran diligencia y celo, se arrastran por la tierra, no se yerguen mucho por encima del suelo; en cambio, los abetos no podados y los pinos descuidados alcanzan con su copa las nubes, compitiendo con ellas.

Tercera imagen, natural. Funciona igual que la anterior. La diferencia está en que en ésta el acento está puesto en la no intervención de lo que rodea al ser humano, mientras que en la otra se hallaba en el cuidado o descuido de sí. La actitud válida es la misma: no obrar y, en esta desobra, dejar crecer libremente lo que la naturaleza o el mundo proporciona, permitiendo su expansión y el cumplimiento de su máxima potencia.

Los leones no son diligentes como las hormigas en procurarse la comida y en ahorrar el alimento, e indudablemente las arañas son más diligentes en el tejer que cualquier Penélope o Andrómaca. EL TEXTO ES LAGUNOSO Y ESTÁ CORREGIDO.

Cuarta imagen, natural. Supone la superioridad del león -al menos por sobre las hormigas- y la de los seres humanos por sobre las arañas. Se trata de una superioridad que tiene un matiz de deficiente, ineficaz o destartalada, porque la superioridad referida es contraintuitiva y ligada a personajes que, a priori, son disfuncionales en la tarea en cuestión. La negligencia es, finalmente, carencia de acción, a medio camino entre un acto consciente y una inercia natural.

V- De este “Elogio” se desprende entonces una ética del sosiego, es decir, una ética no del abandono hacia la muerte sino del 'dejar ser y dejarse ser', laboriosa en los momentos necesarios, una regla para acoplarse al movimiento natural e, incardinado en él, labrar el propio destino, singular. No de la muerte, no de la tristeza, no del dolor. De la paciencia para los momentos amargos y de la bienvenida a todo lo festivo. Es imposible desplegar una filosofía a partir sus líneas. Frontón es un inconsistente: valora el descanso y lanza loas al insomnio; estudia los objetos más pequeños e irrelevantes; todo lo vuelve parcial e instantáneo.

Quieto, en la mañana fría y con los ojos aún aletargados por el sueño, Frontón encuentra la palabra. Inesperada porque no es una sino cientos de ellas. La palabra que halla y que dice más que aquello que el oyente espera es este “Elogio de la negligencia”. Es disruptiva y un tanto incómoda; roza el cinismo. Exacta para la época, clara para quien quiera oír, elegante.

Bibliografía básica:

-Frontone, *Elogio della negligenza e altri scritti morali*, trad. de María Clelia Cardona, Medusa Edizioni, Roma, 2006.

-Frontón, *Correspondencia*, trad. de Alberto Freixas, Imprenta de la UBA, Bs. As., 1928.